

chachos con disposición se ven incapaces de seguir por falta de medios. Después de un breve debate se acuerda que intervenga la comisión y dar cuenta de su dictamen en la próxima sesión.

La presidencia da cuenta de que existe una vacante de barrendero y propone para ocuparla a Alejo Moreno Villar el cual es aceptada. Respecto al acuerdo tomado en la pasada sesión de la colocación de un ventilador, el alcalde dice que deben ser dos los que se coloquen pues uno es insuficiente. Es aprobado. También da cuenta de que en el Hospital hay algunos instrumentos que necesitan vaciarse y como no hay consignación propone vaya al capítulo de imprevisos. Se acuerda.

RUEGOS Y PREGUNTAS

El Sr. Ruiz Cejudo hace una denuncia de la que no entendemos una palabra. Elola. Denuncia la falta de limpieza en las escuelas del grupo de Bataneros y culpa a la portera de la

falta de cuidado. El Sr. Cornejo: Manifiesta que siempre se ha limpiado una vez por semana y además los maestros tienen una consignación para limpieza y quieren que se haga diariamente que la paguen ellos. Con este motivo se da lugar a una discusión que degenera en tertulia y que se hubiera prolongado sin la intervención de la presidencia que da la razón al Sr. Cornejo y dice que es propósito de molestar a la portera sobre todo la Directora y dice que las escuelas están cerradas y es excusable que estén algo abandonadas. El Sr. Elola tan oportuno como siempre dice que vaya la comisión aunque estén cerradas.

El Sr. Ruiz Cejudo pide justificantes del coste aproximado del nuevo salón de Sesiones lo cual le promete la presidencia para una próxima sesión y no habiendo mas asunto se da por terminada a las nueve menos cuarto.

LITERARIAS

CARMELA Y ENCARNA

D. Fulgencio se arrellenó en su butaca y tras un pausado sorbo de humeante café, chupó con deleite de un espléndido habano y reconcentrando su espíritu, recopiló en su mente recuerdos lejanos para dar forma a la historia cuyo relato esperaban impacientes sus compañeros de sobre mesa; aquella historia que él calificaba de trágica y cuyos hechos dieron lugar en sus mocedades aún terrible quebranto de su espíritu siendo también la causa de su irrevocable soltería.

Pasaba yo—empezó—los calurosos meses de verano en mi pueblo natal en alegre y dichosa bacación tras unos exámenes brillantes cuyo resultado provocaron hacia mi, inusitada admiración de mis paisanos. Alegre y dichoso mimado por mis padres que veían en mi una legítima esperanza, hagasajado por parientes y amigos era también objeto predilecto de mis paisanistas que más de una vez suspiraron por tener mis galanteos.

Deslizábase el tiempo apaciblemente y é aquí que un acontecimiento inusitado vino a romper la monotonía de aquella vida pueblerina.

Dictose por el Gobierno una ley que gravaba los alcoholes y la gestión fiscalizadora de aquel, llevó a mi pueblo, que aunque pequeño era rico en este producto, un inspector que revestido de autoridad y procedido de la natural curiosidad de las gentes, sentó "sus reales" entre nosotros.

Su categoría como empleado del Estado, su porte distinguido, su misión fiscalizadora, en fin, produjeron en mis convecinos ese sentimiento mixto de respeto y temor que produce siempre toda investidura autoritaria y pronto su casa se vió asiduamente visitada por unos y otros.

Había además otra novedad que contribuyó de manera decisiva a que el nuevo funcionario ocupara lugar preeminente en la localidad. El tal funcionario, contaba entre su numerosa prole con dos retoños angelicales de dieciocho y veinte años respectivamente, cuya belleza y elegancia nadie se atrevió a discutir. Alegres, bellas, encantadoras en su trato, saturadas de ambiente distinguido fueron desde el primer momento objeto predilecto de todos. Mis pobres paisanitas quedaron eclipsadas pues durante mucho tiempo fueron objeto de curiosidad y admiración.

Encarna y Carmela, estos eran los nombres de aquellas dos lindas rubias no sintieron la nostalgia de una vida mejor, porque hagasajadas por todos, aquello no era vivir; era reinar.

Yo no podía sustraerme á esta justificada admiración y dejándome guiar por el impulso vehemente de los pocos años, fascinado con su charla amena dedicábame por entero al cultivo de aquella amistad que me encantaba.

No podían hacerse distingos entre ellas, no podía alegarse superioridad de una sobre la otra. Encarna y Carmela eran igualmente bellas; Carmela y Encarna eran igualmente hechiceras en su trato. Nadie concebía la una sin la otra y cuando se pronunciaba el nombre de una de ellas, inmediatamente se pronunciaba el de la otra. Eran sus nombres algo así como una «razón social» un solo nombre para dos seres; pero sintetizando en él una sola belleza.

Tan es así, que para evitarse la molestia de repetir tanto nombre y para referirse indistintamente a una y a otra confirmóseles con el sobre nombre de «Las Alcohólicas» nombre común con que en adelante se las designó y que tuvo su origen en el cargo que su padre desempeñaba.

Pues bien, amigos míos, aquellas «Alcohólicas» era mi continua obsesión; en paseos, en visitas, en reuniones en todos sitios estaba yo con ellas y habiendo despertado en mi espíritu la única pasión amorosa, martirizábame constantemente ante mi lógica indecisión por insinuarme en favor de una o de otra, muchas veces desee que alguna de ellas «se hubiera puesto novia» para evitarme el enojo que me producía la forzosa y necesaria elección.

Las vacaciones finalizaron y tras una dolorosa despedida abandoné mi pueblo dejando sumidas en confusión a mis dos amiguitas, pues aún mi corazón no había podido elegir.

De Madrid, donde yo estudiaba, a mi pueblo había una distancia grande y como el viaje era costosísimo había que prescindir de vacaciones en medio de curso, por razones económicas.

Estudiaba el último año de mi carrera y no pudiendo soportar una incomunicación tan dolorosa y deseando estirpar de una vez aquella duda que me consumía, una noche, en un arranque de pasión amorosa vertí mi amor contenido sobre un perfumado papel que dediqué a Encarna. No fué sin embargo caprichosa mi determinación, pues el hecho de dirigirme a Encarna, obedeció a que en ella me pareció encontrar algo más de razonable, su manera de ser y una completa «mujer de su casa».

La contestación no se hizo esperar y ella me traía el «sí» deseado, el «sí» que además de satisfacer la necesidad de mi espíritu enamorado arrancaba de una vez el pernicioso germen de la duda que tantas amarguras me ocasionó.

La noticia cundió rápida por mi pueblo, y parientes, amigos y deudos se precipitaron a felicitarme. Alguna vez recibí la visita de un pueblerino que me hablaba de la creciente hermosura de mi novia y esto unido a nuestra forzosa separación avivaban mi pasión.

Corrió el tiempo; me examiné, obtuve el título de licenciado y el telégrafo fué el porta-voz de mi triunfo. Atolondrado, nervioso, recogí mi equipaje, hice el paquete de mis libros, despedíme de mis compañeros y en mi delirio inconsciente ocupé el primer vagón por que así creía llegar antes.

D. Joaquín hizo una pausa, limpió de ceniza su habano, ingerió otro sorbo de café y continuó.

En la estación estaba todo el pueblo; me tiré del tren, abracé a mis padres y sin mas cumplidos me dirigí a mi novia cuya mano oprimí fuertemente con las mías y cuyo rostro se encendió al sentir el fuego de mi mirada, y el calor de mis valucientes y frustivas palabras de amor. Pareciéndome que me detenía más de lo conveniente, me dirigí al resto de la gente y saciada aquella sed de mi espíritu saludé en tonos de fría cortesía a todos los restantes, entre los cuales y al lado de mi novia estaba su inseparable hermana.

Organizada la marcha púseme al lado de mi prometida, a quien obligué a separarse del grupo no sin una fuerte resistencia que yo atribuí a pudorosa cortedad. Observé que se nos miraba con inconfundible sorpresa y lo creí lógico. Anduvimos unos cuantos pasos y al pronunciar el nombre de mi novia casi en su oído, y con pasión, mal disimulada quedóse quieta y cambiando de color, con dolorosa expresión que me llegó al alma me dijo—Yo no soy Encarna, yo soy Carmela. No encuentro palabras para definir la impresión que aquello me produjo.

Insensato de mí había confundido los nombres, todo el mundo se apercibió e incapaz de soportar aquella situación angustiosa, atolondrado desesperado por aquella fatal equivocación, me acometió un deseo feroz de ocultarme, de esconderme y salí corriendo... Desde entonces no he vuelto a saber más, ni de mi pueblo, ni de Encarna y Carmela.

El Mayor Mal

Hemos hablado ya varias veces y en casos completamente distintos, de este mal, de esta enfermedad local que padecemos, y que ocasiona tantos perjuicios en la vida moral y material de un pueblo.

En Valdepeñas esta enfermedad a pasado a ser ya de las incurables y ante las cuales el único remedio oportuno es la resignación; Hay quien aconseja la violencia en estos casos; pero a nuestro entender, es infinitamente más eficaz la resignación y el desprecio hacia todos aquellos que directa e indirectamen-

te son culpables de los daños que proporciona este mal que se llama «Política.»

¡Política! He aquí el nombre, esta es la palabra fatal podríamos decir, que encierra en sí la hipocresía, la mala fé, el desinterés, por lo que nos debe interesar, la calumnia, la falsa, la inmoralidad, la incultura, el crimen a veces y su resumen, la decadencia denigrante y vergonzosa.

Hacer política para los fines que se hace en nuestro pueblo, es colaborar, intervenir sin exculpulo de ninguna índole en un gran crimen, crimen de lesa patria, de lesa humanidad, puesto que estos fines condu-